

LETRAS

Letrillas

LETRONES

DIARIO INFINITESIMAL

MARTÍN SOLARES EN LA RUEDA DE FUEGO

Impera un tirano, corrupto, avieso. Un joven príncipe, limpio, bien intencionado, trata de derrocarlo. En el áspero camino para lograrlo, el joven se va convirtiendo él mismo en tirano corrupto y avieso; de suerte que, cuando llega a rey, se hace preciso derrocarlo y abre la situación de que surja otro adversario joven e impoluto que reinicie el camino del anterior y, camino al poder, se corrompa. A este mecanismo llamó Shakespeare “la rueda de fuego”, y lo postuló para dar cuenta de la historia inglesa.

Pero es obvio que opera también fuera de la isla. Los sucesos de Oaxaca, por ejemplo, prueban que Fox fue estrujado por la rueda de fuego: el Presidente que llegó al poder con bandera de sacar al PRI de los Pinos deja el gobierno imponiendo por la fuerza a un aborrecido e inepto gobernador justamente del PRI, y pasándole por alto que secuaces suyos hayan detonado la intervención policiaca matando a tiros en un acto de provocación. Esto, según manda la rueda de fuego, por necesidad política, a cuyo imperio se subordina todo: verdad, rectitud y aun la mera decencia.

No deberíamos haber olvidado que la gente de la Asamblea Popular

de Pueblos de Oaxaca—reiteración hay, pleonasma, no— es la más desposeída y depauperada de la República, que sobrevive relegada en marginaciones de todo tipo y bajo opresión de sapos de horca y cuchillo respaldados por un PRI más putrefacto ahí que en cualquier parte—excepto de seguro las Cámaras de Representantes, que no tienen igual en degeneración. Así pues, el largo conflicto tiene el muy significativo matiz de ser intento desesperado de llamar la atención sobre un drama de humillación e impotencia. ¿O no es injusticia y postración lo que llevó al ataque de la base naval de Huatulco hace diez años, en 1996, por el debutante Ejército Popular Revolucionario?

Me he extendido en lo anterior no sólo por desahogar la indignación impotente—que por otra parte sentimos muchos, creo—, sino por trazar el telón de fondo perfecto para *Los minutos negros* (Mondadori, 2006) el notable *thriller* en el que asoma al mundo de las letras Martín Solares.

Novela policiaca, el género de nuestro tiempo, sí es la de Solares, siempre y cuando tengamos presente que, como explicó Chandler en conceptos memorables, Hammett sacó la novela policiaca de la urna de porcelana de la sala burguesa (donde la guardaban los ingleses) y la arrojó en medio del callejón inmundos. Más específicamente Solares la arroja sobre otro callejón inmundos, el sistema político y social

mexicano, no porque sea una novela directamente sobre política—no lo es, por fortuna—, sino porque su tema es la corrupción del aparato judicial del país.

Claro que eso importa menos que el humor y buena mano para encarnar su asunto en el grande e inolvidable Macetón Cabrera, y otros esforzados caballeros, y los atinados pormenores que van desenvolviendo el drama en Tampico, y sus pintorescos alrededores, con algo de enciclopedia criminal de la región. Así como el pulular de personajes secundarios, trazados a pinceladas nerviosas y certeras.

La nota roja es la sección de los periódicos que mejor informa sobre la vida social—es en realidad el único lugar de encuentro de los diarios con el destino real de la gente. Así, no extraña que *Los minutos negros* ilumine sin esfuerzo, en verdad sin proponérselo, la condición plutocrática que aflige al país. No es lo mismo creer que en México manda el dinero, todo mundo lo sabe, que ver desgranarse el detalle del indignante y obstinado abuso.

La novela subleva tanto como la lectura de los periódicos en estos tan mediocres apogeos del PAN. Y la capacidad de indignación, ¿tengo que recordarlo?, es, según Aristóteles, indispensable a la virtud.

Por último, esta novela, la primera de Solares, está dotada, por supuesto, de ese “encanto único que tiene en tierra

todo lo que es primero”, escribe por ahí un arzobispo mexicano, “en el cielo todo es primero, porque es eterno...” Pero ¿de qué estoy hablando?, ¿por dónde divago?, ¿a dónde se me fue el seso? Si esta novela de mi amigo Solares nada tiene de celeste y sí mucha, abundante dotación, a paletadas, de horrenda y muy recomendable materia infernal, sobre todo del peligroso círculo de los violentos. Cosa que, claro, hace muy recomendable su lectura. —

— HUGO HIRIART

EXALTADOS NOVIEMBRE CON BOMBAS

Aquellas personas que no están dispuestas a pequeñas reformas, no estarán nunca en las filas de los bombres que apuestan a cambios trascendentales.

Mahatma Gandhi

La noche del lunes 6 de noviembre estallaron en la ciudad de México tres artefactos explosivos: uno en el Auditorio Plutarco Elías Calles, en la sede nacional del PRI, otro en las oficinas del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, y un tercero en una sucursal de Scotiabank. Otros dos explosivos fueron hallados sin estallar: uno en otra sucursal del mismo banco y uno más en un Sanborns que se ubica enfrente de la sede del PRI. Luego de unas horas de especulaciones, un conglomerado de cinco organizaciones armadas, la mayoría de ellas desconocidas, se atribuyó los atentados: se trata de Movimiento Revolucionario Lucio Cabañas Barrientos, la Tendencia Democrática Revolucionaria-Ejército del Pueblo, la Organización Insurgente Primero de Mayo, la Brigada de Ajusticiamiento Dos de Diciembre, y las Brigadas Populares de Liberación.

¿Qué tanto existen estos grupos? ¿En qué medida son producto de la manipulación de grupos de poder u organizaciones realmente dispuestas a avanzar en una ruta de enfrentamiento armado con las instituciones? Las res-

puestas no son sencillas.

Hay que considerar que la manipulación de estos grupos no es una mera hipótesis. Está demostrado, a través de los documentos desclasificados de la extinta DFS, cómo el comando que intentó secuestrar y terminó asesinando a Eugenio Garza Sada en los años setenta (y con él buena parte de la Liga 23 de Septiembre) estaba infiltrado y pudo ser manipulado por el gobierno de Luis Echeverría. ¿Por qué sus descendientes oaxaqueños y guerrerenses más directos, como los relacionados con José Murat, no podrían ahora continuar con esa tarea? Murat surgió en la política nacional de la mano del ex presidente Echeverría, luego de un paso por organizaciones radicales de distinto signo político de la izquierda y la derecha.

Que la guerrilla existe en México no es novedad, y sus centros de operación han sido casi siempre los mismos: Guerrero, Oaxaca, Chiapas, Morelos, algunas zonas de Puebla e Hidalgo, el oriente de la ciudad de México. Nunca han pasado de ser organizaciones casi meramente testimoniales, sin una capacidad operativa real.

Los bombazos de la semana pasada, en el PRI, el Tribunal Electoral y un par de sucursales bancarias, demuestran, más que su fortaleza, su debilidad. No deja de ser por lo menos extraño que un operativo para cuya realización no se necesita más que un comando de tres o cuatro personas, se lo hayan atribuido, como si fuera una acción de guerra, nada menos que cinco grupos armados, coaligados en una “coordinadora revolucionaria”. Los bombazos tampoco parecen hacerle bien a la APPO: al contrario, fortalecen la idea de que esa organización está controlada por grupos armados y que éstos, a su vez, son manipulados por grupos que recibieron financiamiento de los últimos gobiernos oaxaqueños: buena parte de los cuerpos sociales que participan en la APPO obtuvieron apoyo económico de la administración estatal durante todo el gobierno de Murat, a través de los recursos que supuestamente se debían destinar al gasto social.



La intimidación de la violencia.

También es notoria, desde esta lógica, la distancia de quienes organizaron el atentado con los dirigentes del EPR oaxaqueño, que en los últimos años y después del fiasco de sus acciones armadas de 1996, han decidido impulsar una vía “insurreccional” como la que estamos viviendo en Oaxaca, más que “acciones militares” que, aunque fueran de muy bajo impacto, siempre les generaron respuestas muy duras de parte de las fuerzas de seguridad (desde las sufridas en los Loxichas hasta la detención de los hermanos Cerezo Contreras —que en realidad se apellidan Cruz Canseco y son hijos de los fundadores y de los principales dirigentes del EPR). En este sentido, es notable cómo el comunicado de la organización guerrillera, firmado en Chiapas el 8 de noviembre, trata de deslindarse de las acciones de la Coordinadora Revolucionaria del 6 de noviembre. Mientras estos últimos reivindican las acciones armadas, los primeros piden que “la acción política de masas sea una táctica permanente de lucha y que la acción revolucionaria sea oportuna para que fortalezca los intereses populares”. La recriminación a sus ex compañeros de lucha es obvia, bajo un lenguaje aparentemente común.

Y es que, mientras unos tratan de “agudizar las contradicciones” a través de acciones de propaganda armada, otros tratan de treparse a las posiciones, cada día también más *ultras*, del lopezobradorismo y la APPO. No deja de ser significativo que el objetivo de los atentados de la madrugada del lunes

han sido el PRI (lo que debería entenderse como una respuesta a la situación en Oaxaca y la negativa a renunciar de Ulises Ruiz); el Tribunal Electoral (se interpreta que en relación con el supuesto fraude contra López Obrador, al que se refieren, casi en los mismos términos, el propio Andrés Manuel, la APPO, el EPR y las cinco organizaciones que se atribuyen los atentados, lo mismo que las críticas, comunes, al Pacto de Chapultepec) y las sucursales de Scotiabank, un hecho que pudiera referir a la lejana relación de ese banco con el conflicto minero, lo cual vuelve a ser inducido por el comunicado de la llamada Coordinadora Revolucionaria, cuando destacan más el intento de desalojo de Sicartsa que los casos de Atenco, Guerrero, Chiapas y Oaxaca. El explosivo utilizado, por cierto, suele usarse en la minería.

En la edición de octubre de *Letras Libres*, hablábamos de las distintas ramificaciones del EPR. Lo cierto es que estas cinco organizaciones que firman el documento tienen un origen común: el desprestigiado ERPI, que se fue dividiendo en diversos grupos conforme se deterioraba, y de dos aliados del mismo: el desaparecido Ejército Villista Revolucionario del Pueblo y las aparentemente también transformadas Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo. Uno de los dirigentes principales es originario del primer grupo: el comandante “Francisco”, un viejo líder del EZLN, que decidió romper con “Marcos” desde 1994 y se estableció en la zona de Tehuacán desde entonces. No es casual que sea el cardenal Norberto Rivera, entonces obispo de esa zona, uno de sus principales objetivos políticos y uno de los que mejor conoce el accionar de estos líderes guerrilleros. Además de algunos militantes oaxaqueños, el centro de operaciones de este grupo está en Guerrero y Morelos, con fuerte presencia en el oriente de la ciudad de México, donde gozan de la protección de autoridades locales (recordemos el episodio de Tláhuac), a través de organizaciones vecinales, que suelen ser parte del Frente Francisco Villa y

sus ramificaciones y de los restos del Consejo General de Huelga de la UNAM, que en Oaxaca han buscado marginar a dirigentes con origen en el EPR, como el líder de la Sección 22 del sindicato de maestros, Enrique Rueda.

Decíamos que las posibilidades de manipulación que existen sobre estos grupos es muy alta. En el pasado, se ha conocido cómo, en Guerrero, algunos de sus dirigentes asesinaron a un funcionario del entonces equipo de campaña de Zeferino Torreblanca (el mismo día en que el ahora gobernador ganó, por el PRD, la alcaldía de Acapulco), para desplazar a un grupo interno del futuro gobierno municipal, a cambio de unos departamentos de interés social. Al mismo tiempo, la relación de esas organizaciones con el crimen organizado parece ser cada vez más evidente, sobre todo en la zona de Atoyac; sus apariciones parecen ser parte de una serie de provocaciones, más que de una acción política —y ello incluye desde la aparición de un comando armado en Oaxaca, con uniformes impecables y sin uso previo, hasta los bombazos del pasado lunes.

No tienen espacios ni posibilidades de trascender políticamente: su militancia no supera los trescientos miembros activos y algunos centenares de simpatizantes. Pero pueden ser usados para desestabilizar los procesos políticos, sobre todo si, como hemos visto, el lopezobradorismo sigue radicalizándose, continúa arrastrando tras de sí a sectores del PRD, confluye con la APPO e intenta apoyarse en estos grupos armados para fortalecer su cada día más endeble presencia nacional. —

— JORGE FERNÁNDEZ MENÉNDEZ

PREMIO ¿FIL?

UNA FERIA SIN RULFO, UN RULFO SIN PREMIO

Los herederos de Rulfo estarán, hemos de suponer, felices. Su táctica de acoso y derribo funcionó. El patronato que organiza el

hasta hace unos días llamado Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo dio un paso al costado y aceptó retirarle el tan disputado nombre. Lo hará al menos provisionalmente, según acordaron sus integrantes, tras la exigencia del Instituto Mexicano de la Propiedad Intelectual de respetar la *marca registrada* por la familia Rulfo desde el pasado mes de mayo. Así, pues, tendremos en este 2006 en Guadalajara una Feria Internacional del Libro *desulfada*.

Es posible deducir que las instituciones involucradas en el patrocinio del certamen decidieron poner fin a la lucha de lodo, en que se habían visto involucradas con los herederos y sus representantes, antes de que acabaran fatalmente confundidas con las estrellitas de telenovela que se divorcian de su marido tras acusarlo de toda clase de vilezas. Los cruces de críticas y ataques sangrientos, cuando no hay de por medio una millonada que los justifique, suelen inquietar a los políticos. Y no hay que olvidar que detrás del ex Rulfo están la Universidad de Guadalajara, el Conaculta, el gobierno de Jalisco, el Fondo de Cultura Económica... Instituciones, vaya, sin ánimos de protagonizar controversias espinosas a cambio de seguir pagando una presea que los herederos del homenajeado cuestionen, a toda voz, ante cada medio que les acerque una grabadora.

La estrategia usada por los Rulfo resulta, cuando menos, notable. El 19 de diciembre de 2005, la viuda del escritor, Clara Aparicio, envió una carta al patronato donde acusó “la presión que ejerce un grupo político-cultural en la selección del premiado”. Un *grupúsculo* que, dijo, “siempre se ha caracterizado por utilizar su estructura mediática para tratar de socavar la obra literaria de mi esposo y a su persona misma”. El alegato ha sido repetido, hasta el hartazgo, por los herederos y por el presidente de la Fundación Rulfo, Víctor Jiménez, quienes llegaron a sugerir que el poeta Tomás Segovia, premiado en 2005, renunciara al reconocimiento, por considerar que no apreciaba lo suficiente la



El cronista por antonomasia.

obra del narrador jalisciense.

Aunque, en materia de renunciaciones, los Rulfo no han tomado la iniciativa. Por ejemplo, en plena guerra de toma-tazos, Juan Carlos Rulfo participó en el Festival Internacional de Cine de Guadalajara y aceptó, sin mayores miramientos, uno de los premios, pese a que sus convocantes eran los mismos que los del premio al que trataba de despojar de nombre. En aquella ocasión, Juan Carlos Rulfo afirmó que el problema de su familia no era con Raúl Padilla, presidente del patronato del premio literario y del certamen cinematográfico, ni tampoco contra las instituciones que apoyan ambos galardones. Y aceptó el Mayahuel al Mejor Largometraje Documental, dotado con nada despreciables diez mil dólares.

Claro: si el problema no es con las instituciones, se entiende que la Fundación Juan Rulfo haya aceptado, sin remilgos, los 145,000 pesos que el gobierno de Jalisco le otorgó para editar un libro sobre la obra literaria y fotográfica del autor. La Secretaría de Cultura de Jalisco y la Universidad de Guadalajara, por cierto, ya habían apoyado, apenas un año antes de las hostilidades, la edición de otro libro de la Fundación: *La recepción inicial de Pedro Páramo 1955-1963*, de Jorge Zepeda.

Antes de que el Rulfo 2006 se fallara a favor de Carlos Monsiváis, el primero

de septiembre pasado, Juan Francisco Rulfo, otro de los hijos del autor, enfatizó que “el problema” tampoco era con el jurado —en esta ocasión presidido por Sergio Pitol. Sobre el ganador de este año, las palabras del abogado de la Fundación, Gabriel Larrea, fueron: “El problema no es con Monsiváis.” La ofendida familia también ha dicho, y no pocas veces, que el problema no es con la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. ¿Entonces con quién, en el cielo o la tierra, será? ¿Quiere decir realmente algo el señalamiento contra ese *grupúsculo politicocultural* que siempre ha tenido la peculiaridad de atacar a Rulfo, con lo que pretenden zanjar la discusión?

A menos que se revierta (y eso dependerá de un proceso legal que se antoja, como todos, tortuoso), la renuncia del patronato al nombre deja a la vista consecuencias considerables. La mayor de ellas es la posibilidad de que la familia Rulfo, como ha amagado, se aplique a convocar a su propio premio en busca de fortalecer la muy modesta imagen de su Fundación. Cabe preocuparse por ello, en vista de la lectura ortodoxa y monolítica de Rulfo que han querido imponer, con diversas clases de presiones públicas, sobre biógrafos, estudiosos y escritores en general, vetando interpretaciones que no coincidan con la que proponen y hostigando ante la prensa, con el insulto en la punta de la lengua, a quien no se pliegue a su posición. Recordemos que, en agosto pasado, ya desautorizaron un coloquio en la UNAM por la presencia de algunos expertos “herejes” entre los ponentes.

¿Tendría un hipotético premio Rulfo, convocado por la Fundación, el valor de reconocer a autores trascendentes e inclasificables como Rubem Fonseca, Juan Marsé, Juan Goytisolo o Nicanor Parra, como se hizo? ¿O se incurriría tan sólo en celebrar el cerril pintoresquismo que ciertos rulfianos defienden como posición esencial ante la literatura? Se aceptan apuestas.

— ANTONIO ORTUÑO
Y MARIÑO GONZÁLEZ

LOS PREMIOS

CARLOS MONSIVÁIS EN EL CENTRO

Hace dos años la primera crónica de Carlos Monsiváis cumplió el medio siglo de publicada. Se trata de la narración de una marcha en protesta por el golpe de Estado contra Jacobo Arbenz en Guatemala. A la marcha asistieron Diego Rivera y Frida Kahlo, quien moriría al año siguiente. Si se quiere reducir lo irreductible a ese evento *be my guest*: en esa crónica estarían concentradas varias de las formas de la atención de Monsiváis. La marcha vista como espectáculo donde lo popular es, también, compromiso civil; la fascinación por los personajes-mito; el interés por la plástica mexicana.

De los usos de la resistencia civil Monsiváis llegaría a invadirnos con un concepto que opera en la realidad justo cuando se le nombra: ahí donde, en el terremoto de 1985, todos veíamos derrumbes y las ruinas de lo que fuimos, él asestó el término “sociedad civil”. El término llegó a fundar a la propia sociedad civil mexicana que pidió el espejo prestado para reconocerse.

Esta idea que permeó instantáneamente a la sociedad se explica desde que, en 1958, Monsiváis, junto con José Emilio Pacheco, participaron en una huelga de hambre a favor de los ferrocarrileros que se enfrentaban por primera vez al sindicalismo oficial. Más tarde Monsiváis negaría la huelga de hambre con un “Benita Galeana nos repartía chocolates”, pero de ese momento está ahí la palabra cívica, antes —muchas veces opuesta— de la política activa, lo que funda una idea que se profundizó en el verano de 1968: el poder es la locura que baja, la sociedad civil es la que resiste con la cordura de las libertades.

Monsiváis ha visto —leído— la locura cotidiana de los poderosos en su célebre columna semanal *Por mi madre bobemios*. Sus polémicas: desentrañar la responsabilidad única de Díaz Ordaz

y su gabinete en la matanza del 2 de octubre de 1968; lo laico como frágil garantía de no volver a postrarse frente a la moral de Las Rodillas Laceradas de la Caridad; lo civil y pacífico de toda resistencia viable y su condena del lenguaje mortuorio de las revoluciones; lo popular, no como folclorismo, sino como derecho a la palabra. Los límites bajo protesta que Monsiváis le ha impuesto a los poderosos, y también a preponderantes no tan asumidos como el subcomandante “Marcos” y al propio perredismo, son eso que comúnmente la gente le pregunta a Carlos Monsiváis: “Dime qué está pasando.” Él, burlón, como siempre, ha inventado aquello de “cuando estaba entendiendo lo que pasaba, ya había pasado lo que estaba entendiendo”.

Monsiváis es quizás el intelectual más escuchado del medio siglo. No el experto, no el académico, no el opinador. Sino alguien que está reflexionando todo el tiempo desde la cultura como una forma de atención. Si Agustín Lara era una atmósfera, más que un género, Monsiváis es una mirada.

Gómez de la Serna escribió que lo cursi “es todo sentimiento que no se comparte”. Es decir, que lo cursi sólo es una forma de percibir una emoción. Quien la padece no se considera cursi, sino inspirado. Lo mismo sucede con otros desdeños. Lo “naco” podría ser una apariencia física que no se comparte. Entonces “cursi” y “naco” son términos que nos lanzamos desde la ausencia de empatía con los otros. Digo esto porque existe un hilo conductor en la obra de Carlos Monsiváis que va de su retrato de Agustín Lara a la extirpación de la palabra “naco” como abierto racismo.

Cuando apareció su esperado ensayo sobre Salvador Novo —el cronista que le hereda a Monsiváis su talento para narrar el presente con ironía, aunque no su oportunismo— me sorprendió el título: “*Lo marginal en el centro.*” De muchas maneras es una declaración de principios de la obra de Monsiváis: todo lo apartado por la cultura oficialista es puesto en el centro por una

mirada centrífuga, disidente, informada. Así, la noche en la ciudad de México, la Marcha del Silencio en 68, Benita Galeana, la pintura de Francisco Toledo, el desvelamiento de los valores lacrimógenos del cine nacional o del Manual de Carreño, los rescatistas del terremoto, las antologías de poesía y crónica, digo, todo eso es puesto en el centro cuando no era ni la esquina. Es una forma de la atención donde Monsiváis funda una nueva república de dichos, objetos y personajes. Por eso tampoco sorprende que acabara gastando todos sus ahorros de conferencias ubicuas, textos que invaden los suplementos culturales y prólogos en comprar una enorme colección de cosas (menospreciadas por los museos) en estancillos, bazares, mercados de pulgas por toda la República. Es una mirada a la cultura desdeñada pero también llena de emoción, de un sentimiento que no se comparte pero que él está encargado de consignar como legítimo. “Lo fugitivo permanece.” Después de él, “naco” es una marca de ropa muy chic, Agustín Lara está en los remixes y los remixes podrían ser una etnia de mixes recalcitrantes. Desde su canon antioficial, Monsiváis ha sido un pensador de la empatía.

Carlos Monsiváis es el escritor más pop que hemos tenido. En él la obra no es sólo lo escrito y publicado, es lo leído y hablado por igual. Es un autor que restaura una tradición oral vía telefónica, que compone letras de canciones, que anima a fundar editoriales, suplementos, bibliotecas públicas, centros de arte popular. Sus actos de caridad —de los que nunca habla— son en forma de donaciones de libros y películas de su acervo tan extenso que se exhibe en el suelo de su casa.

Es apenas justo que gane el Premio ex Rulfo: en su estudio, donde lee, escribe, y canta canciones inventadas por teléfono, entre los gatos, hay un cuadro. Es la primera página de *El llano en llamas*. En una esquina del papel un perro aúlla. Quisiera estar en el centro. —

— FABRIZIO MEJÍA MADRID



Pamuk, primer Premio Nobel turco.

LITERATURA

ORHAN PAMUK: LA ESCRITURA ORAL

Desde que en 2002 Orhan Pamuk recibiera por su novela *Mellamo Rojo* (Alfaguara, 2003) el Premio al Mejor Libro Extranjero en Francia, el “Grinzane Cavour” en Italia y el premio Internacional Impac de Dublín, la proyección internacional de su persona y obra ha ido *in crescendo*. El pasado año, un hecho ajeno a la literatura encumbró a Pamuk como personaje mediático: se le sometió a juicio en Turquía, acusado de injurias al Estado por unas declaraciones suyas en el diario suizo *Tages Anzeiger*, donde señalaba que negar las matanzas de un millón de armenios y alrededor de treinta mil kurdos, perpetradas a principios del siglo XX, constituía para la sociedad turca una herida abierta y un tabú injustificable. Afortunadamente, ayudado por la presión de la prensa occidental, tras la vista del proceso judicial, Pamuk sería absuelto (al igual que Elif Safah, también procesada por motivos similares). El acoso político contra el escritor turco —donde coincidían militares laicos, fundamentalistas islámicos, un sector de la prensa conservadora y numerosos escritores nacionalistas— le valió a Pamuk el Premio de la Paz de los Libreros Alemanes, galardón que, sin duda, le abría el camino hacia el Nobel, lo que hizo prevalecer su candidatura sobre otros eminentes escritores como

Mario Vargas Llosa, Amos Oz, Adonis, Milan Kundera, Assia Djebar o Doris Lessing. Sin embargo, y en rigor, el reconocimiento de los méritos literarios de Pamuk no está determinado por ese incidente extraliterario. Su merecida reputación como excelente escritor ha sido un proceso paulatino: su primera novela, *El orgullo de Cevdet Bey* (1982) fue distinguida en su país con el premio de prensa Milliyet y con el "Orhan Kemal"; *La casa del silencio* (Metáfora, 2001) fue galardonada en su versión francesa (Gallimard, 1988) con el premio de la Découverte Européenne; al publicar *El astrónomo y el sultán* (Edhasa, 1992), recibió numerosos elogios por parte de la crítica y especialmente de John Updike, y *El libro negro* (Alfaguara, 2001) supuso un impresionante éxito de ventas sin artificios de mercadeo y fue traducida a numerosos idiomas. Además de los títulos citados, también se ha publicado en español *La vida nueva* (Alfaguara, 2002), *Nieve* (Alfaguara, 2005) y *Estambul* (Mondadori, 2006). El año próximo Mondadori tiene previsto editar la novela más reciente de Pamuk, titulada *El museo de la inocencia*.

Según mi criterio, las dos novelas que forman la médula de la obra de Pamuk son *El libro negro* y *Me llamo Rojo*. Ambas se asientan sobre una arquitectura narrativa diseñada como un arquetipo que le permite mezclar distintos géneros literarios —desde la novela negra a la histórica— y acrisolar diversos elementos: una intriga por develar y que conlleve un asesinato; una relación amorosa (ya sea abocada al fracaso o que suscite un exacerbado deseo); una polifonía de voces que explican el asunto desde distintas perspectivas; la inserción de referencias históricas o culturales (textos y autores místicos o filosóficos, tradiciones pictóricas, leyendas, clásicos de la literatura oriental, hitos históricos...), y, finalmente, localización de la acción en espacios reconocibles (especialmente Estambul). Entre todo este entramado resuenan los ecos de los añejos cuentistas orales. Esta edificación narrativa (no en balde Pamuk estudió arquitectura técnica, aunque después se licenciara en

periodismo), bien premeditada y desarrollada, en la que la voz se materializa en palabra, es similar a la tradición de *Las mil y una noches*, donde una historia lleva a otra y todas juntas conforman un único cuerpo narrativo. Ello ha motivado que a Pamuk se le califique como un híbrido entre Faulkner y Sherezade; aunque, ante esa calificación, el escritor puntualizaría que su escritura se debe más a la belleza nabokoviana y a los juegos simétricos de Borges.

Asimismo, una característica que distingue a Pamuk es el empaque culto con el que nutre sus novelas. Si en *El libro negro* encontramos numerosas referencias a Ibn Arabi, El Attar, Ibn Sean, Mewlâna, Al Kindi o Chij Galip; en *Me llamo Rojo* abundan las citas sobre Fuzuli, Behzart, Ibn Sakir, Firdausi, El Cerzeyye, Rasidüddini o Haydar Duglar. Del mismo modo, mientras en *El libro negro* se hace referencia a las cofradías de los hurufies y los Bektachis, en *Me llamo Rojo* el asesino pertenece a los derviches kalenderis. Esas referencias de los clásicos islamistas, pertinentes y sin que abrumen, no constituyen un ejercicio baladí. Pamuk subraya la rica tradición cultural islámica —que en general Occidente desconoce o desatiende— para mostrar las diferencias inmensurables entre ambas civilizaciones, así como sus lugares de encuentro y mixtura (Coca-Cola *versus* Kokoretz).

El resto de sus novelas gravitan en torno a unas constantes temáticas: la memoria (recuento de la vida de sus personajes novelescos conjugado con la influencia del pasado en el presente; así ocurre en *La casa del silencio*, donde una viuda, desde su mansión a orillas del Mar de Mármara, evoca los lancinantes recuerdos sobre el infausto destino de su familia); el desasosiego que ocasiona la tensión entre la tradición cultural de Oriente y la de Occidente; la ambivalencia entre un sentimiento de decadencia (*büzün* o amargura por un pasado irrecuperable) y un anhelo de regeneración; la colisión entre identidad (la cultura otomana) y la atracción, sembrada de dudas, por la modernidad

(los imaginarios de Occidente); la lucha entre laicismo y religiosidad (mostrada, dramáticamente, en *Nieve*); el doble o la reversibilidad de personajes antagónicos (el personaje de Galip suplantando a Celal en *El libro negro*; el astrónomo turco Münedjimmabachî y el conde veneciano Marsigli, ambos fascinados por el progreso técnico en el arte militar, cambiando de bando cultural en el relato *El castillo blanco...*), y, como último elemento relevante de la panoplia temática de Pamuk, la búsqueda incesante (de amor, conocimientos, para desvelar un arcano o el sentido y la identidad turca...) que en *La vida nueva* constituye la centralidad de la narración. Respecto a esta novela quiero señalar un detalle que da carta de naturaleza al engarce entre la renovación novelística de Pamuk y la tradición literaria turca: *La vida nueva* fue traducida en Francia para Gallimard por Munevver Andac, compañera del poeta Nazim Hikmet hasta que éste tuvo que forzosamente exiliarse de Turquía a Moscú. Andac moriría en París en 1988 pocos días después de terminar la traducción. ¿En qué consiste esa modernización de la novela que impulsa Pamuk? ¿Qué lo diferencia de otros escritores turcos coetáneos suyos (Pinar Kür, Eminen Sevgi Ordamar, Celil Oler, Faruk Ulay, Yasar Kemal...)? Sin duda una encomiable aspiración: que las letras actuales turcas sean, como el puente sobre el Bósforo que une Asia y Europa, el vínculo entre lo mejor de la tradición islámica y lo mejor de la racionalidad progresista de Occidente. —

—ALBERTO HERNANDO

SOCIEDADES EN CONVIVENCIA LO POLÍTICAMENTE GAY

La historia no se reduce a lo sucedido, pues desde ese punto de pasado irrevocable bien podría otearse el devenir y volverse preludeo del futuro.



FOTO: AFP

Pasos hacia una cultura de la tolerancia.

Un hecho: el 9 de noviembre pasado fue aceptada en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal la Ley de Sociedades en Convivencia, que otorga derechos jurídicos a las uniones de hecho, se trate de relaciones de hombres con hombres, hombres con mujeres o mujeres con mujeres. Lo que se vislumbra: el debate en torno al prejuicio de que esa ley es favorable exclusivamente para los homosexuales, polo en el que afianza la Iglesia Católica su argumento de que representa un peligro para la conservación de la familia, por lo que ya ha anunciado una declaración de guerra contra dicha ley: “Con la iglesia hemos topado, Sancho.”

La historia de esta ley se remonta a casi cinco décadas. En los años sesenta surge a nivel mundial un movimiento homosexual que reclama derechos iguales a los de los heterosexuales: derechos a la salud, laborales, humanos, de respeto a su estilo de vida, así como lo que debieran ser elementales principios jurídicos de protección a sus uniones e incluso derecho a la adopción. De entonces a la fecha, al menos en diez países europeos se han consagrado en la ley los derechos civiles de esta minoría y doce naciones de otros continentes legislan al respecto. En América Latina, Argentina y ahora México han impulsado reformas similares. Aun así, en al menos 73 países del mundo la homose-

xualidad se castiga todavía con prisión, maltrato físico y la muerte.

Liberados de prejuicios los Estados seculares modernos, sacerdotes, rabinos y *mullabs* en diversas partes del orbe se han convertido en los principales detractores de los derechos gay. Y con ellos algunos gobernadores de nuestra República, haciendo caso omiso al carácter laico del Estado mexicano. Ellos son responsables morales de los crímenes por homofobia —sólo en el Distrito Federal, cada mes son asesinados dos homosexuales. La Procuraduría General de Justicia de la capital reconoció finalmente tales crímenes, hasta el 2003, catalogándolos como “homicidios homofóbicos”.

El proyecto de una Ley de Sociedades en Convivencia en nuestro país surgió en 2001, por iniciativa de la diputada Enoé Uranga. En 2003, a punto de aprobado, su avance fue detenido por el PRD, que en un desconcertante revés, retiró su apoyo a los homosexuales cuando los representantes de ese partido abandonaron el recinto de la Asamblea Legislativa. Lo escribió bien Sabina Berman:

Que se salga el PAN es previsible. Que medio PRI salga también lo es. No que lo haga el PRD... Después de todo es el partido que ha declarado su adhesión a las causas de las minorías. Las mujeres, los indígenas, los homosexuales. El PRD es el que ha declarado en su acta de principios su obligación de promover sus derechos. Al escapar del voto de esta ley el PRD escapa de otro plano simultáneamente; escapa de su presunción de ser un partido de izquierda moderno” (*Enfoque*, de *Reforma*, 2003).

Bien por la rectificación, aunque tardía: esa actitud política regida por la dubitación le restó a Andrés Manuel López Obrador, es innegable, un buen número de votos en la reciente contienda electoral y se los dio a Alternativa. Habrá que reconocer que fue este joven partido, el de Patricia Mercado, el que pugnó por retomar la discusión de

esta iniciativa, aprobada ahora sí con 43 votos a favor: 33 del PRD, cuatro de la fracción socialdemócrata, cuatro del PRI, dos del Panal y diecisiete en contra: los chicos católicos del PAN.

Si es cierto que el impulso de esta ley ha sido preponderantemente una lucha de los homosexuales, es importante aclarar que la misma abarca y garantiza derechos a relaciones que no forman parte de la “norma”. Es decir: igualdad ante la ley de mujeres que han vivido con hombres en unión libre por más de dos años, o de hombres con hombres o mujeres con mujeres, durante el mismo periodo. La ley no es una panacea. La que actualmente se cocina en Coahuila es más avanzada que la del Distrito Federal. No todo es Cuautitlán fuera del DF, y los estados del norte, considerados conservadores, están dando un ejemplo de libertad, por lo menos frente a las presiones de la Iglesia.

La Ley de Sociedades en Convivencia no es el único logro jurídico de las minorías sexuales. En 1998, el diputado perredista David Sánchez Camacho propugnó hasta conseguir las reformas al Código Civil a favor de las minorías en el DF. Por otra parte, la Ley Federal para Prevenir la Discriminación prohíbe la exclusión de personas por su preferencia sexual, lo mismo que la Ley Federal de Educación en Estudiantes. Y en las entidades federativas poco a poco las constituciones y códigos penales han ido incluyendo la prohibición de discriminar a personas por su preferencia u orientación sexual.

Fue en 1869 cuando, en Alemania, el médico húngaro Karl Benkert inventó la palabra “homosexual” —hombres que aman a hombres y mujeres que aman a mujeres— en un primer debate sobre la discriminación en el Estado prusiano. Hoy se suman ya 140 años de lucha por la reivindicación de los derechos de las minorías sexuales. Y aún falta, pues las religiones mayoritarias siguen considerando *contra natura* actos que, curiosamente, les parecen de lo más *pro natura* cuando involucran a sus propios pederastas. —

— BRAULIO PERALTA